

*¿Y si
te dejo atrás?*



Noah Evans

Maltratada por su padrastro y abandonada por su pareja, Blanca queda sola ante una situación infernal. Una beca al extranjero y un verano con su abuela, la llevan al menos a recuperarse y a encontrar la verdadera luz en el oscuro camino que es su vida; las novelas que escribe.

Cuando regresa de nuevo a Barcelona tiene que volver a enfrentarse con la realidad, su ex ha seguido con su vida y su padrastro la mantiene en el infierno, pero durante un fin de semana con sus amigas, conoce a Ángel. Blanca hará todo lo posible por mantenerlo alejado de sus problemas aunque no le será fácil interpretar un papel frente a él y ocultarle sus verdaderos problemas. Blanca luchará contra sus demonios internos aunque sabe que no podrá detenerlos por mucho tiempo.

Los padres de Ángel le encargan vigilar la lujosa residencia familiar de verano donde su hermano menor y su alocado grupo de amigos pasarán unos días. Allí conoce a Blanca, una joven aspirante a escritora con un carácter algo peculiar y un halo de misterio que no sabe cómo interpretar. A pesar de la diferencia de edad, de la diferente clase social y de los consejos de sus familiares y amigos, Ángel emprende algo más que una amistad con Blanca, sabiendo que probablemente no salga bien parado de ella.

Prólogo

Los gritos cesaron al sonar el timbre. Blanca miró a su madre aterrada sin atreverse a abrir la puerta. En el fondo del pasillo se oyó a Paco murmurar improperios.

Alargó la mano hacia el picaporte de la puerta principal, sabía que podría ocurrir cualquier cosa.

—Blanca, ábreme —la voz grave y tranquila de Oliver se oía al otro lado.

Abrir las puertas del infierno a un arcángel salvador tenía un precio. Ya no Oliver ya no soportaba más mantenerse al margen y eso auguraba una desgracia inminente. Un día u otro ocurriría.

—Abre —le repitió.

—¡Ábrele! —gritó Paco y su madre lo mandó a callar.

Cecilia, la madre de Blanca se acercó a ella.

—Llévatelo de aquí —le pidió como si Blanca fuera la culpable de aquella situación.

—Un día de estos alguien acabará muerto —le respondió Blanca.

Abrió la puerta al fin. Esta chirrió con fuerza y se estampó contra la pared. Oliver irrumpió en la entrada y aunque Blanca intentó detenerlo no le fue posible.

Se oyó a Paco en el pasillo.

—¡Fuera de mi casa! —Oliver habría llegado hasta él.

Cecilia corrió hacia ellos. Blanca apenas podía moverse. Paralizada por la tensión y el miedo que sentía cada vez que vivía aquella situación.

El grito de su madre la obligó a mirar. Oliver esta vez se había saltado el paso de las amenazas y había cogido a Paco por el cuello. Blanca contuvo el aire.

Su padrastro ante el casi metro noventa de Oliver, no parecía más que un muñequito.

—No vuelvas a tocar a Blanca —le decía mientras Cecilia intentaba apartarlo de su marido—. Como vuelvas a ponerle una mano encima...

Blanca les dio la espalda, los ojos se le llenaron de lágrimas. Tenía una fuerte punzada en el pecho que le impedía respirar. Aquello era peor que los golpes.

—¡Vete! —se oía decir a su madre— Voy a llamar a la policía.

Blanca se tapó los oídos y cerró los ojos.

—Tú tienes la culpa de todo esto, tú, por permitirlo —la voz de Oliver sonaba firme, dura.

—¡Fuera te he dicho! —Cecilia gritaba tan fuerte que su voz hacía eco el descansillo de la planta.

Blanca pudo ver algún vecino que se detenía en el umbral, ya acostumbrados a aquél circo que se montaba de cuando en cuando en casa de Blanca.

Se hizo el silencio, se oyeron murmullos y Blanca sintió cerca el perfume de Oliver, tendría que estar tras ella.

Se giró hacia él.

—Se acabó Blanca —le dijo—. Ven conmigo de una vez.

Blanca lo miró «Como si fuera tan fácil para mí». Apenas había cumplido los veinte años, estaba aún a mitad de la carrera universitaria. No podía irse de casa. ¿A dónde? Oliver era cuatro años mayor que ella y llevaba dos años junto a él. Él lo veía todo tan fácil, llevaba meses diciéndole que se fuera de allí. Con él, claro está. Para él era fácil, él tenía una familia normal, con unos padres con una situación económica bastante buena. «Fantástico y maravilloso todo». Oliver no le veía problemas a nada. Tenía trabajo en los negocios de su padre y vivienda resuelta, su plan era vivir en

casa de sus padres hasta que quedara libre alguno de los pisos que mantenían arrendados su familia.

Con los ojos cerrados se iría con él, sin dudarlo. Pero en otra situación. Salir de allí, dependiendo únicamente de la voluntad de una familia que la aceptaría tan solo por contentar al niño de sus ojos.

Negó con la cabeza a sus pensamientos. La puñetera dependencia era lo que la tuvo atada a aquella situación durante tantos años. No quería ser una réplica de su madre. Viviría en el infierno hasta que pudiera salir de allí por su propio pie, por su propia voluntad y se iría con Oliver a donde ambos quisieran.

—No lo entiendes —le respondió.

—Eres tú la que no lo entiendes —le replicó él—. Coge lo que tengas que coger y ven conmigo.

María tomó aire.

—¿A cargo de ti? —añadió Blanca negando con la cabeza—. No, Oliver. No quiero ser ella.

Oliver dirigió la mirada hacia el interior del piso, Cecilia estaba en el umbral de la puerta de la habitación. Discutía algo con su marido en voz baja.

—Deberíamos haber vuelto a Cádiz hace años —Blanca también miró a su madre— y seguimos en Barcelona.

Recordó la historia de su madre, en su misma situación. Veinte años salvo con el añadido de tener una hija de dos años. Madre soltera viviendo en un infierno, con un padre no muy diferente a Paco. El ángel que las salvaría era un barcelonés que estaba de vacaciones en la costa andaluza y al poco tiempo se casaron y se las llevó a Barcelona. Pero el cuento no duró mucho. Una historia que volvía a repetirse una y otra vez.

—Yo no puedo aguantar esto más tiempo, Blanca —surró Oliver.

No era la primera vez que lo oía decir aquello y a pesar que no se acostumbraba al dolor que le producían sus palabras, podía entenderlo.

Cuatro veces habían terminado la relación por la misma razón. Blanca se negaba a irse y se negaba a cualquier otra situación que le ofreciera Oliver. No era capaz de denunciar a su padrastro, no era capaz de huir de allí.

Oliver parecía dolido, tanto como las veces anteriores. Aquello volvía a acabar. Blanca desconocía el tiempo que tardaría esta vez en volver. Cada vez tardaba más tiempo en regresar, algo que su padrastro aprovechaba para hacer mofas a Blanca. Una forma más de ridiculizarla y hundirla en la mierda en la que la solía mantener todo el tiempo.

—Yo no soy él —se defendió Oliver conociendo los pensamientos de Blanca—, nunca sería como él.

Y no lo dudaba. Oliver tenía sus defectos, pero no era un maltratador.

—No puedo irme —no esperaba que lo entendiera.

Oliver asintió con la cabeza, serio, como siempre hacía. Y cruzó el umbral de la puerta.

—Se acabó, Blanca —le dijo y agachó la cabeza.

«Volverá», supuso. Pero ya poco importaba eso. Las otras cuatro reconciliaciones le habían servido para aprender que mientras que ella no solucionara su problema, volver con Oliver solo aumentaban sus tensiones.

Solo de pensarlo sus piernas temblaban. Conocía la sensación, en un rato lo volvería a sentir, la tristeza extrema, luego el vacío.

Negó con la cabeza y agarró de Oliver del brazo. Pero él se alejó de ella liberándose.

—Se acabó —estaba ya en el descansillo y bajó dos escalones.

No dijo nada más. Blanca lo observó mientras se alejaba. Sintió la puerta del portal abrirse y luego cerrarse. Oliver se había ido, una vez más.

Se giró hacia su casa y suspiró. No era capaz de digerir tanto, las piernas apenas le respondían. Ahora el infierno se

haría intenso a su alrededor. Cerró la puerta y atravesó el salón. Allí estaba Paco, tumbado como un sapo bocarriba en el sillón frente al televisor. La miró con una sonrisa burlesca. Blanca soltó un improperio.

—Es una mal educada y luego me trae al novio para que me pegue —se dirigía a Cecilia—. No me has dejado educarla desde el principio. Y mírala, ¡valiente puta está hecha!

Cerró de un portazo la puerta de su dormitorio. Le dolía horrores la barriga. Miró el calendario, aún quedaban unos días para las sesiones con Raquel, una psicóloga que aunque no podía solucionar sus problemas, le ayudaba a que al menos, no se tirara por un barranco.

Miró su cama, hasta seis encuadernaciones de folios contó. En el mueble otras tantas se mezclaban con los libros de la universidad. Su ventana, su puerta al infinito, a ese mundo reservado exclusivamente para ella, en el que era invisible, invencible, un dios. Allí, donde solía viajar cada día, nadie podía hacerle daño de ninguna de las maneras.

Se recostó en la cama. No habría apartado todos los manuscritos, porque se estaba clavando uno de los gusanillos metálicos en el costado. Lo sacó de debajo de su cuerpo y lo miró. Recordó que al día siguiente tenía la cena de fin de curso de sus clases de narrativa. Cuatro años seguidos acababan y numerosos manuscritos con ellas. A partir de aquél momento tendría que seguir sola pero eso no le preocupaba.

Recordó su primera clase, con tan solo dieciséis años y un torrente de ideas que ya había plasmado en numerosas páginas. Recordó las expresiones de sus profesores y compañeros cuando decía que comenzó a escribir con diez años y que había acabado varias historias. «Bah, borradores» oyó murmurar a algún intelectual en clase, que le duplicaba la edad y que en todo el curso apenas podían llevar al día los ejercicios mensuales.

En aquella escuela que logró pagar a base de becas de sus estudios reglamentarios aprendió a organizar, a estructurar y los recursos necesarios para hacer de sus manantiales creativos auténticos tsunamis de novelas.

Había descubierto demasiadas cosas en aquellos cuatro años. En primer lugar, que a pesar de escuchar a tanta gente que le gustaba escribir e incluso que era capaz de hacerlo, solo un porcentaje muy pequeño estaba destinado realmente para ello, y que ni uno ni varios años de estudio podrían cambiar aquello, porque el verdadero don no se puede aprender ni enseñar. Y sobre todo descubrió lo más sorprendente: que no solo era capaz de hacerlo mejor que la mayoría, sino que además era capaz de hacerlo en un tiempo asombroso según los propios profesionales que la enseñaban.

Ser prolífico en una profesión como aquella no le servía de mucho. Escribir cinco novelas al año, o seis u ocho, no le suponían nada. Bien sabía que era difícil, casi imposible, conseguir que un editor apostase tan solo en una de aquellas novelas escritas por una joven que no conocía nadie.

Aún no había encontrado su género, ese que dicen que es para el que un autor debe estar hecho, el que tendría que llevar en su alma y en su ADN. Había probado con la romántica, la histórica, el thriller y la fantasía. Y según sus amigas, que habían leído cada letra que escribía, no eran capaces de quedarse con tan solo una de tantas como producía. Pero en su pequeña cabeza repleta de pájaros, aquella forma acelerada de producción tenía una sola explicación; la huida.

Horas y horas tecleando fantasías, donde ni el hambre ni el sueño lograban interrumpirla.

Pero en aquel momento no era capaz de escribir ni una sola letra. La realidad la aplastaba por completo. Tomó aire, pero este entró entrecortado en su pecho. Lo iba a tener difícil esta vez.

Levantó la mirada hacia su mesa de estudio. Los libros de alemán aún estaban abiertos. Allí era donde se encontraba estudiando cuando se montó el circo en su casa. Los libros habían permanecido en su lugar como si nada hubiese sucedido. Sin embargo Blanca era consciente del gran cambio que se había producido desde tan solo hora y media antes. Sin embargo, no le había cogido de sorpresa. Sabía que de un día a otro Oliver lo volvería a hacer, la abandonaría.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada pero en seguida su estómago la obligó a encogerse y el amargor de aquello le sobrevino a la garganta. Pronto aparecerían los vómitos, la consecuencia del desorden de su ánimo. Raquel había explicado de forma comprensible aquéllos vómitos; cada vez que su mente no era capaz de digerir un sentimiento, una situación. «Imagina que es un alimento que tu estómago rechaza, lo mismo hace tu cuerpo con tus pensamientos en el mismo acto, el vómito».

Y así era. Los problemas con Paco, el reflejo de ellos con su relación con Oliver, todas sus frustraciones y complejos, sus sentimientos, sus miedos y ansiedades, terminaban en la taza del váter.

Algo que cuando perduraba durante días se reflejaba en su energía y en su aspecto físico. Era consciente de que era algo que la acompañaría siempre y su empeño con Raquel era remediarlo.

Cerró los ojos, no quería llorar pero siempre terminaba haciéndolo.

La puerta de su habitación se abrió. Su madre traía la cena.

—Si quiere comida que se siente en la mesa como todos —oyó refunfuñar a Paco desde el salón.

Cecilia lo ignoró y puso el plato de Blanca sobre la mesa de estudio, apartando los libros.

—Y esas mierdas que come se acabaron —Paco continuaba con sus protestas—. Comerá comida normal.

Cecilia cerró la puerta, así que Blanca no pudo seguir escuchando las estupideces que seguía diciendo su padrastro.

Miró el plato sobre la mesa con un nudo en el estómago que le empujaba hacia arriba la merienda. No era capaz de probar la cena.

Las «mierdas que comía» según su padrastro era un dieta especial que solía seguir durante prácticamente toda la semana. Aunque la cena hubiese sido una comida especial de aquéllas que solo probaba de cuando en cuando, no hubiese conseguido comerla tampoco. Ni chocolate, ni helado ni nada de lo más le gustase.

Respiró hondo intentando que la fatiga se mitigara, pero fue en vano.

Su teléfono hizo un sonido, un mensaje de WhatsApp, el móvil se encontraba cerca de la cena. Se acercó para comprobar quién le hablaba.

Noelia, había escrito algo en el grupo de amigas. Un grupo sumamente reducido, de cinco miembros. Sus amigas de toda la vida, Noelia, Alba y Regina eran sus tres mejores amigas. Y no podía faltar su mejor amigo, «El Cari» como le llamaban, el más femenino de los cinco miembros del grupo.

Noelia solo preguntaba cómo les había ido el día. Desde que dejaron el instituto y se repartieron en distintas facultades, les era más difícil verse en el día a día.

Meditó antes de escribir. El nudo en su garganta se hizo más apretado. Cogió aire.

Oliver se ha ido. Esta vez ha sido la definitiva.

El teléfono comenzó a vibrar. Sus amigos enviaban uno y otro mensaje sin parar. Les explicó como pudo la razón aunque intuía que ya la conocían. Ellos siempre fueron conocedores de los problemas de Blanca.

Unos le daban ánimos, otros esperanzas de que lo solucionarían pronto y se formó un revuelo de vibraciones y sonidos que hizo que su fatiga aumentara de sobremanera.

Mañana hablaré con vosotros. De todos modos ya sé lo que tengo que hacer esta vez.

Soltó el teléfono.

Sacó del cajón una solicitud que llevaba tiempo guardando, por si las cosas se ponían tan mal como acababan de ponerse. Cogió el bolígrafo y la comenzó a rellenar. Un año de estudios en el extranjero, lejos de su padrastro, de su inepta madre, de Oliver y de todo lo que le aportaba negatividad en su vida. Con sus notas medias sabía que no tendría problemas, le becarían lo que fuese y cualquier universidad estaría encantada de recibirla.

Practicar idiomas al fin fuera de un aula, estudiando el Grado de Turismo era algo esencial y beneficioso para ella. Y conocer algo más allá de Cádiz, Barcelona o el recorrido del avión que las unía. Se iría tan lejos como pudiese.

1

Había pasado ya una semana de la horrible pelea y su peso y volumen habían comenzado a revelar las consecuencias de los vómitos.

Una semana que no había sido capaz de dejarse ver en instagram. Sus 5000 seguidores no reaccionaban igual a las estúpidas fotos de flores ni de su último desayuno, que como a las que Blanca ponía de su día a día.

Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de reunir a tantos que se interesaran por la vida de una joven normal y corriente, o quizás sí. Oliver había hecho lo suyo en ese sentido.

Cuando conoció a Oliver, ella tenía unas redes en configuración privada con una decena de amigos que la seguían. Pero llegó a su vida Oliver y su pelo a ondas, su buen gusto vistiendo y la introdujo en las dietas imposibles, en los entrenamientos extremos y en subir fotos de todo lo que hacía.

Y yo lo hice todo como una imbécil. En el fondo no se lamentaba por ello. Su nueva versión de sí misma le gustaba infinitamente más que la anterior. Antes de Oliver ella era una rata de biblioteca, una estudiante que coleccionaba matrículas de honor y que no dedicaba su vida a otra cosa que no fueran sus estudios y por supuesto, su gran pasión, sus novelas.

Había tenido complejos en su adolescencia, quizás como la mayoría de chicas. Tuvo un mote durante años, avispa. Recordaba su entrada en clase de secundaria y los si-

seos de sus compañeros imitando el desagradable sonido del insecto. La razón de aquél mote, su cuerpo. Medía metro setenta y dos, ni demasiado alta ni demasiado baja, más bien alargada. No era en su adolescencia muy ancha de hombros, pero su talle se estrechaba en exceso hacia una cintura peculiarmente pequeña para luego ensancharse en las caderas. A simple vista, de frente, su aspecto era similar a las abejas adultas que aparecían en la serie de Maya, y de perfil, su hiperlordosis y la excesiva curvatura que esta le producía entre la cintura y el culo, no arreglaba mucho el parentesco.

Pero de aquello hacía demasiado tiempo, aquella imagen era bien lejana en el tiempo.

Por recomendación de su apreciada psicóloga comenzó a entrenar y allí, en el gimnasio, encontró al segundo amor de su vida (el primero eran las letras, sin duda), que era hacer deporte. Correr en cinta, pedalear, subir escaleras mecánicas y levantar barras con discos empezó a gustarle más de lo que imaginaba.

El cuerpo de la avispa comenzó a proporcionarse y Blanca sentía la recompensa a sus esfuerzos.

Cuando entró en bachillerato ya no se oían siseos molestos a su entrada y su mote comenzó a ser uno menos humillante, *la gata*.

Siempre le gustaron sus ojos y el contraste que este hacía con la piel bronceada de los del sur de España, que tan común era por allí abajo, quizás por la herencia genética que dejaron los musulmanes de Al-Andaluz.

Llevaban razón sus nuevos compañeros, Blanca tenía ojos de gata, heredados de su abuela paterna, decían. Hasta en sus peores momentos existenciales en la adolescencia en los que se autohumillaba continuamente, nunca fue capaz de ponerle una sola pega a sus ojos. *Pestañas de jirafa*, era lo peor que se le ocurría decir de ellos, el problema de ser demasiado morena era tener demasiado vello, era una gran molestia, pero una ventaja cuando de las tupidas y

gruesas pestañas se trataba. También su nariz tenía el tamaño y la curvatura idónea y ya quisieran muchos labios perfilados con bisturí, tener el aspecto y forma de los suyos. No podía quejarse, en el reparto de la naturaleza, en conjunto, había salido victoriosa.

Tan solo en eso, en nada más.

Y en medio de aquella metamorfosis en mariposa celestial, apareció Oliver en una de las fiestas de fin de curso, invitado por no sabía ni quién.

Oliver era bien conocido por varias compañeras. Tenía un gran historial de conquistas e innumerables compañeras. Blanca lo vio en seguida, para no verlo, midiendo metro ochenta y ocho. De anchas espaldas pero no exagerada. Con una camiseta celeste de media manga que dejaba ver un bíceps bien formado y unos jeans claros ajustados que ya quisieran los modelos de los anuncios promocionarlos tan bien. Con un pelo semilargo a ondas, que era una fusión perfecta de estar peinado y sin peinar, pero que encajaba perfecto con su rostro afilado, sus ojos verde oscuro. *Así tendría que ser Apolo, fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Blanca al verlo.*

Recordaba su curiosa reacción con él. Ya no era una joven acomplejada en absoluto, pero la primera vez que vio a Oliver bajó sus ojos de gata y se escabulló entre la multitud. *Si es que fui gilipollas desde el principio.*

Pero aquello no impidió que Oliver la viera y que como no podía ser de otra manera, se fijara en aquellos ojos felinos, que bien podían confundirse con el agua de las playas de las Islas Maldivas.

No habló mucho con él aquella noche, solo se lo presentaron y poco más. Pero Oliver comenzó a aparecer de manera casual por donde ella andaba con sus amigas durante un tiempo, hasta que el círculo de amigos de ambos se fue estrechando y ellos también.

Cuando Blanca se dio cuenta, estaba tan embelesada por aquél chico, que no tuvo más remedio que dejarse

arrastrar por él, y un beso una noche cualquiera, acabó en pocas semanas con Blanca entregando su amor, su virginidad y su alma a aquél ser que parecía esculpido por los dioses.

Solo le faltan las alas, era la expresión exacta de lo que ella veía en él. Y fue así al menos durante el primer año de relación. Oliver se portaba bien con ella, la quería, estaba realmente enamorado, no tenía dudas de eso. Y respetar a su chica, serle fiel, con tantas posibilidades femeninas a su alrededor, era algo que Blanca apreciaba. Ella aprendió a no ser celosa, no le quedaba otra teniendo el novio que tenía, nunca tuvieron problemas por causa de ninguna chica a pesar de que alguna de ellas ponían gran empeño.

Estaba segura de que era el hombre de mi vida, ponía la mano en el fuego por ello. Pero se había equivocado, lo de Oliver y ella no era posible. Tenían diferentes formas de ver la vida y eso no se podía cambiar.

Blanca tomó aire mientras se terminaba de desnudar para ducharse y volvió a mirarse en el espejo, *instagram*, la pasión de Oliver. A él le encanta exhibir su vida en las redes y cuando estuvieron juntos, no dejaba de poner fotos de ellos o de Blanca. Hasta Blanca le pidió que bloqueara a su madre para que no pudiera ver ciertas fotos que él colgaba.

Recordaba la primera vez que Oliver subió una foto de ella. Por aquél entonces solo sus amigos cercanos sabían que estaban juntos y Oliver tenía un ejército de seguidoras que le mandaban mil y una fotos por privado.

Recordaba el momento de esa foto, estaba Blanca, en la playa, tumbada boca abajo con un sombrero de paja blanco. Oliver la llamó y ella se incorporó y se encontró con el móvil de Oliver muy cerca de su cara.

Así, sin repeticiones, sin preparar, sin muchos filtros, sin modo belleza alguno, con el pelo ondulado del salitre y sin maquillaje. Simplemente la improvisación y la naturaleza hicieron que aquélla fuera para Blanca una de sus mejores fo-